



La historia del viejo

**«En África, cuando un viejo muere, es
una biblioteca que se quema»**

Amadou Hampâté Bah, poeta Malinés

—¿Qué quiere ahora nuestro viejo padre?

—Píde, que le llevemos a lo alto de la colina,
junto al arbusto que de joven plantó, con el cordero
recién nacido, que lo depositemos sobre la tierra y
que le dejemos morir allá.

—¡Oh!, esto es nuevo, durante años nos ha
pedido

***que le escuchémos,
que aprendámos de él
que sus pádres múcho le enseñáron
y que hay un tesóro a pasárnos en él.***

—Póbre viéjo, lo que nos cuenta no nos interésa y si lo llevásemos y lo dejáramos morír, la justícia vendría y en lugar de sus propiedades recibír, nos darían lárgas condénas y ésas sin repartír.

El viéjo que óye ésto de sus híjos, con íra y energía repentina se despója de sus vestidúras, tóma el cordéro éntre sus brázos, páрте hácia la colína, se siénta sóbre la tierra júnto al arbústo y rodeádo de tódos, a éellos se dirigió.



—Amigos míos, la naturaléza os ha dádo el don de recibír de vuéstrós antepasádos tódo lo que éellos supiéron.

Yo, humano imperfécto, no he podído a mis híjos enseñár, tódo lo que mis pádres con tánto amór me pasáron y lo que yo en ésta vída, con grándes esfuérzos aprendí.

Como tódos los de mi tribu no sé escribír, soy viéjo y a púnto de morír, péro no lo haré, os lo prométo, hásta que con caríño, como mis pádres hiciéron conmígo, tódo os lo cuénte, pára que también vosótroso lo sepáis y a los vuéstrós con caríño trasmitír.

Os pído que me escuchéis; y cuando mis híjos o los híjos de sus híjos estén lístos a oír, se lo contéis a vuéstra manéra, pára que lo óigan, lo sépan y a los súyos a su vez lo puédan enseñár.

***El árbol, el cordéro y la colína: tódos
escucháron,
y los días se lo contáron a las nóches y las
nóches
en secréto se lo dijéron a los años y los años
fuéron
pasándo, oyéndo, aprendiéndo y disfrutándo.***

***El bósque que había crecido del árbol.
El rebáño que había escuchádo al cordéro.
Las béllas montañas que rodeában la colína.***

Tódos éellos éeran ya adúltos...

Péro el viéjo no parába de contár, enseñár y emocionár.

Y hásta la lúna cuando está lléna, con la excúsa de iluminárnos viéne a curioseár.

Sus h́ijos, ni los h́ijos de los h́ijos de sus h́ijos núnca viniéron, núnca estuviéron preparádos a escuchár.

Péro yo, que conózco el lugar, cuando téngo deséos de compañía y gánas de mejorár, me adéntro muy de mañána en lo más oscúro del bósque, me siénto siémpre sóbre la misma piédra, mirándo al frondóso árbol y cuando las priméras lúces del álba me permíten vislumbrár, véo al bellísimo cordéro blánc del viéjo tirár, ayudándole en el camíno hácia el árbol, que aguardándo está.

El viéjo, ahóra cási ciégo y con dificultádes pára hablár se siénta en el huéco del trónco que con tánto caríño le ha hécho su amígo vegetál.

Luégo tóma úna piédra del suélo y la tíra con dulzúra sóbre su amíga la tiérra, pára indicárle que va a comenzár.

Ciérro los ójos con gózo, hásta que la fráse que tántas y tántas véces he escuchádo me vuélve a emocionár.

**«Oídme con cuidádo, siémpre decía,
que los días son muy córtos y hoy,
y hoy, os téngo múcho que contár.»**



* * *